



**PALABRAS EN LA ACEPTACIÓN DE LA PRESIDENCIA HONORARIA
DE LA FUNDACIÓN VÍCTIMAS VISIBLES**

Universidad Sergio Arboleda, Santa Fe de Bogotá, 8 de noviembre de 2006

Me siento particularmente honrado y satisfecho al recibir hoy la Presidencia de honor de la Fundación Víctimas Visibles, una distinción que de forma tan generosa se me concede hoy, y hacerlo en la Universidad Sergio Arboleda, una institución académica que, además de desarrollar una encomiable labor al servicio del conocimiento y la formación, realiza una tarea de hondo significado ético para toda la sociedad. Me refiero a la magnífica y constante labor que esta casa ha hecho y hace por honrar la memoria de las víctimas del terrorismo, por dar consuelo a quienes han sufrido ese ataque brutal de la barbarie y por mantener viva la llama moral que ilumina el trabajo de las democracias y de las sociedades decentes.

Y la ocasión que nos reúne tiene además el feliz motivo de dar a conocer a la sociedad la Fundación Víctimas Visibles una institución que servirá para impulsar esos nobles fines que comparte con la Universidad Sergio Arboleda.

Uno de los muros más duros e injustos que han rodeado a las víctimas del terrorismo en todas partes ha sido el muro del silencio, de la incompreensión y de la indiferencia. Durante mucho tiempo las víctimas del terrorismo parecían no existir para la sociedad, que se empeñaba en no reconocer ni su sufrimiento ni su comportamiento ejemplar pleno de dignidad y de sentido ético.

Esta situación añadía otro castigo más al sufrimiento injusto y cruel que recibieron. Las víctimas han estado demasiado tiempo apartadas del calor humano y social que nace del reconocimiento de su sufrimiento y de su coraje civil.

La Universidad Sergio Arboleda ha sido una de esas instituciones pioneras que con una claridad moral singular y con un compromiso ético constante ha sabido trabajar para romper ese muro de silencio, aislamiento e indiferencia. La Fundación Víctimas Visibles se suma a partir de hoy a esa noble tarea.

El ejemplo de serenidad y de dignidad de las víctimas ha sido, en España, en Colombia y en todos los países que sufren esa cruel laca, un resorte moral para continuar la lucha democrática y firme contra el terrorismo, un salvavidas ético para que la sociedad no naufragara en la trampa que le tendían los terroristas.

Quiero hoy compartir con todos ustedes la profunda satisfacción y orgullo que hoy me produce esta generosa distinción y mi propósito de trabajar con el mayor celo para perseverar en los fines fundacionales.

Sin duda alguna no es ajeno a ello el haber visto a tanto amigos y compañeros caer víctimas de la barbarie terrorista, ni tampoco el haber tenido la responsabilidad en el gobierno de tomar decisiones duras y difíciles frente al chantaje de los terroristas. En esos momentos de soledad y dolor, la memoria de las víctimas ha sido siempre para mí una referencia y un acicate para seguir adelante.

Por eso me emociona particularmente asumir esta Presidencia honorífica y hacerlo en la Universidad Sergio Arboleda, una institución que ha mantenido un compromiso constante y valiente en la defensa de la libertad y del estado de derecho

y un trabajo eficaz y entusiasta para lograr el reconocimiento y el respeto efectivo a los derechos de las víctimas.

Las sociedades democráticas necesitan referencias morales para llevar adelante la lucha contra el terrorismo. Y la iniciativa y el empeño en lograr el reconocimiento a las víctimas del terrorismo, debe ser objeto de agradecimiento por parte de toda la sociedad, porque es un elemento esencial para continuar la lucha y para situarla en el campo ético adecuado.

Y también hay que agradecer que la labor de la Universidad Sergio Arboleda, labor que encontrará la ayuda incondicional de la Fundación Víctimas Visibles, haya servido y sirva a un fin intelectual de la máxima importancia.

Una de las tareas esenciales para derrotar al terrorismo consiste en no caer en la trampa del lenguaje, y en tener la valentía de llamar a las cosas por su nombre. Y por eso llamar al terrorismo como lo que es, una perversión moral, un ataque brutal a la convivencia y a los principios y valores de la dignidad humana, una privación diabólica y gratuita de los derechos de la persona, un ataque sistemático contra la vida y la libertad, es el primer paso para conseguir su derrota.

La cercanía a las víctimas y el calor humano con ellas es también una condición para el trabajo intelectual y académico. Porque hay una responsabilidad ética en el campo del conocimiento y de la investigación. La búsqueda de la verdad no es ajena a la moral y no puede ser ajena al sufrimiento humano, sobre todo si es causado de una manera tan perversa y cruel como la del terrorismo.

Esa claridad moral e intelectual, en la que destaca la Universidad Sergio Arboleda, es también un elemento de la solidaridad, un requisito esencial para reforzar los vínculos humanos que fundamentan la convivencia, la libertad y la propia civilización.

Los terroristas, los que niegan a las personas su condición de personas y odian con toda su fuerza destructiva a las sociedades libres y abiertas, lo primero que buscan es precisamente crear confusión moral e intelectual.

Quienes utilizan el terror para tratar de imponer sus fines lo primero que pretenden lograr es una justificación para el uso de ese terror, pervertir el lenguaje, la moral y el sentido de la política.

Por ello la búsqueda de la verdad y de la razón, el trabajo constante de limpieza moral es una condición necesaria para la pervivencia de democracia, de la libertad y del estado de derecho. En definitiva, para la pervivencia de la dignidad de la persona y de la civilización que reconoce a todas las personas esa dignidad.

Pero ese primer paso para que la libertad y la democracia perduren, exige otro, que es la derrota del terrorismo. Una derrota que no sólo tiene que ser policial y de justicia, haciendo que los terroristas paguen por sus crímenes como exige el estado de derecho.

También tiene que ser una derrota política y moral, evitando que el crimen pueda tener cualquier tipo de recompensa. Conceder una recompensa moral o política a los crímenes de los terroristas es mancillar la memoria de las víctimas, pisotear su dignidad, infligirles un dolor ya causado.

Ese es un riesgo que por desgracia no ha desaparecido, porque la tentación del desistimiento sigue presente en algunos sectores de las sociedades democráticas. Es la trampa que consiste en pensar que es más fácil y cómodo dar la razón, o parte de razón, a los terroristas, porque así tendrán a bien acabar antes con sus crímenes.

Esa tentación no es sólo una burla a la justicia y a la dignidad de las víctimas. Es también una concesión suicida para una sociedad que quiere vivir en libertad y no someterse a la tiranía de los asesinos.

Decir esto, no es más que una muestra de razón y de esperanza en las personas y en la superioridad moral de la libertad y del estado de derecho.

Porque la razón y la esperanza están con quienes defienden la vigencia del Estado de derecho y no con quienes quieren rendirse a los terroristas. La esperanza y la razón viven en memoria de las víctimas y desaparecen si triunfan los que con sus acciones buscan la vejación, el olvido o la división de las víctimas.

La razón y la esperanza de la libertad y de las sociedades libres están en los que creen en la fortaleza de las instituciones y en su superioridad moral y política, y no en quienes buscan fórmulas tan imaginativas como tramposas para simular paz allí donde solo habrá rendición e ignominia.

La esperanza y la razón las mantienen los que creen que la libertad derrotará al terror y que la convivencia democrática y pacífica no tiene que pagar peajes a los enemigos de la libertad y de los derechos de las personas.

Por eso me llena de orgullo esta Presidencia de honor de la Fundación Víctimas Visibles. Porque muestra que no estamos solos los que confiamos en la ley y en el Estado democrático. Y que no hemos cedido al desánimo, ni nos ha rendido la soledad, y que la tristeza por el sufrimiento que hemos vivido no nos va a impedir continuar nuestra lucha.

Creo que ese es el sentido más profundo y auténtico del acto que hoy nos convoca en esta ilustre casa, además de ser una ocasión para testimoniar nuestro agradecimiento y nuestra satisfacción. Nuestro empeño común, en el que la Universidad Sergio Arboleda y la Fundación Víctimas Visibles son piezas esenciales, no es otro que la defensa de la libertad y el reconocimiento de la contribución que la dignidad y la fortaleza de las víctimas del terrorismo hacen a esa causa. Sin duda, la mejor causa que podemos abrazar.